

De cómo la ciudad dispone para mí un sitiecito

LAURA SORIA¹

Danza, danza en la plaza,
Danza, danza la raza
Deslumbrante y multicolor, su vestido era de esplendor,
El acero en agitación, los aplausos y la emoción,
¡Mira que fuerte que es! ¡Óyelo, suena muy bien!
¡Al compás arpa y violín! ¡Este es un buen danzarín!
Es el Alacrán que ha retado al Halcón

La Sarita

Un edificio lujoso de tres pisos, con fachada de cuatro frentes, faroles de fierro y vidrio, bellos vitrales ingleses, bancas clásicas de fierro forjado con madera, escaleras amplias de mármol, un reloj enorme marcando las horas, los minutos, los segundos... ha sido una de las puertas de acceso de las provincianas y los provincianos que llegaban de la sierra hacia la capital. Todos los días por la tarde, la Estación de Desamparados abría sus grandes rejas de fierro y dejaba entrar a aquellos que querían apropiarse de la Lima gris. Paquita, el famoso vagón presidencial, con grifería de oro, no amilanaba en absoluto la meta trazada.

Las personas en sus casas, cosechando en sus chacras, recogiendo camarones y truchas en el río, los niños jugando en la calle, los pelícanos tragándose los peces, el lomo saltado como desayuno en el vagón, el caldo de gallina, el caldo de cordero, la patasca, el mondongo, los duraznos, las manzanas, los nísperos, los pancitos de trigo, el silbato del tren abriéndose paso, la humedad de Lima grabándose en la piel, eran parte del recorrido, de los olores y sabores que se impregnaron en los recuerdos de quienes tomaron esa ruta para llegar a la capital. El Rímac, del color de la tierra, cargado de orilla a orilla, cargado como las personas de ilusiones, de expectativas y de presentes para sus familias: el charqui, el morón, el olluco, el trigo, el cordero, los cuyes, el quesito para ponerle cariñito a la firma del pacto: dejar que nos quedemos en sus casas hasta que encontremos un terreno donde construir nuestra casita.

En la puerta de la estación, los taxis negros, espaciosos, lustrosos, limpios, como sus negros choferes, vestidos con camisa blanca y pantalón negro, con zapatos de cuero azul y blanco, intimidando a las niñas serranitas de mejillas rojitas. Pero bastaba que fueran amables para que ellas se permitieran subir a esos grandes autos, meter sus maletas, sus paquetes de regalo y dejar que sus madres las lleven a la casa de la familia.

Los claxon de los carros, los gallinazos en la Plaza de Armas, la bandera en Palacio de Gobierno; las campanadas de la iglesia de San Francisco, de San Pedro, de la Catedral; el reloj en la Plaza San Martín; las bancas de mármol; la gente bien vestida, muy elegante, caminado rápido, apurada, veloz; las luces iluminando el Cerro San Cristóbal; los edificios de varios pisos; los leones del Palacio de Justicia; la Penitenciaría al frente; el tranvía transitando por el Rímac, Barranco, Miraflores; las casonas de la avenida Arequipa, todas grandes, con mayordomos atendiendo en las puertas; la esposa morena y gorda del presidente, vestida de blanco, atendiendo en una oficina y recibiendo el pedido de los peruanos; las joyerías del jirón de La Unión llenas de plata y oro, hacían estragos en el estómago. Sí, aquí queríamos quedarnos, aquí queríamos vivir.

La historia después es conocida: un Estado ausente, incapaz de garantizar a sus ciudadanos una vida en mejores condiciones, ocupaciones de terrenos, las luchas organizadas para conseguir los servicios, el miedo de los coches-bomba, la hoz y el martillo iluminando los cerros, los ahorros que se diluían, las casas siendo ganadas por las rejas y las calles por las tranqueras, las barras bravas dominando la ciudad en días de fútbol, pero aún así, ni en los momentos de mayor miedo y desolación, dejamos las ganas de seguir soñando. Y llenamos Lima de colores estridentes, de luces de neón, de pollos que dan muchas

vueltas antes de llegar a nuestro plato, de «combinados», de «aeropuertos», de fuegos artificiales, de cohete-toros, de santitos y santitas, de «chacalones», de «enriques delgados», de «dinas». Poco a poco le fuimos impregnando nuevas formas y sabores a Lima, aún ella no queriéndolo.

En estos últimos años, Lima ha visto modificada su configuración física como producto de la construcción de nuevos edificios multifamiliares en sus distritos más consolidados. Esta construcción acelerada ha traído consigo la disposición de espacios individuales y colectivos en áreas cada vez más reducidas, lo que influye en la modificación de usos y costumbres de las limeñas y limeños respecto de sus quehaceres cotidianos. Empieza a establecerse una nueva sensibilidad, pudor y tacto.

Según el Ministerio de Vivienda y Construcción,² la demanda potencial de vivienda para hogares no propietarios bordea las 420 mil viviendas y la demanda efectiva³ alcanza las 225 mil.⁴ Segmentados por nuestra capacidad adquisitiva, nos identifican con las letritas en mayúscula B, C o D.

La B solo demanda 35 mil viviendas. Su capacidad de pago es de 403 dólares mensuales. Razones tiene para dejar la casa familiar o alquilada: quiere más dormitorios, baños y mejores acabados en pisos, puertas y cocina. Ellos están en San Borja, Surco, Pueblo Libre, Miraflores, La Molina, San Miguel, Barranco, Jesús María, Magdalena y Lince.

La C, un poquito más modesta, demanda 88 mil casitas, y su capacidad de pago es de 206 verdes mensuales. También quiere más baños —los que tiene no le alcanzan— y más dormitorios, pero también desea un techo de material noble. Ellos están en Los Olivos, San Martín de Porres, San Juan de Lurigancho, Chorrillos, Barranco, Ate, San Borja, Comas, Ventanilla y Breña.

La D, más modesta aún, requiere 102 mil viviendas, y su capacidad de pago es de 83 dólares mensuales. Solo desea un techito de material noble, mejores acabados en sus paredes y mayor número de baños. Ellos están en Los Olivos, San Juan de Lurigancho, Comas, Ventanilla, Ate, San Juan de Miraflores, Chorrillos, San Martín de Porres, Villa María del Triunfo y Villa El Salvador.

El gobierno ha construido nuestro perfil⁵ de cliente. El valor de nuestras casitas debe ascender, en promedio, a los 27 mil dólares. Los ahorros bajo el colchón, el aporte de la familia —siempre presente en estos momentos—, los paisanos que nunca nos dejan y los amigos nos ayudan a cubrir 23 por ciento de la deuda que empezaremos a asumir; el saldo será un deber aceptado con un banco, que nos tendrá en su lista durante veinte años.

De acuerdo con nuestro ingreso promedio mensual, nos ubicarán en casitas que cuestan entre 8 a 18 mil dólares, de 18 a 30 mil dólares, y de 30 a 46 mil dólares. En el primer caso, contamos con 750 dólares⁶ mensuales, lo que significa que tendremos que conseguir 3 mil dólares para la cuota inicial. En el segundo deberemos tener un ingreso de 980 y nuestra inicial se duplicará. En el tercer caso, nuestro ingreso mensual deberá ser de 1.325 dólares y la inicial sube hasta 8 mil.

Los créditos han sido otorgados a hijos de provincianos nacidos en Lima (57 por ciento) y nacidos en provincias. El mayor número de estas viviendas han tenido un costo entre 18 a 30 mil dólares, y sus dueños han sido principalmente pequeños empresarios que han demostrado capacidad económica para adquirir una vivienda. El rango de edad de estos deudores se encuentra en los 40 años.⁷ Para cuando terminen de pagar su deuda habrán empezado a formar parte del grupo de los adultos mayores.

Estos muchachones representan el mito de la educación y la cultura, cuentan con estudios superiores universitarios (65 por ciento) y no universitarios (23 por ciento). Son administradores, contadores, médicos, empleados, técnicos en salud, enfermeras, abogados, dentistas, arquitectos... Los sociólogos, antropólogos y demás hierbas silvestres forman parte del abultado «otros». Ahora, es cierto que, como cualquier mito, no funciona para todos y eso es previsible en un sistema de este tipo.

Son parejas con hijos (73 por ciento) y su estado civil sí importa para la entidad financiera. Dicen que quien influye en la decisión de compra ha sido el jefe del hogar (59 por ciento), pero a la esposita también se le reconoce cierta influencia en este tipo de compromisos a largo plazo (21 por ciento), y entre nosotros queda claro que la familia extensa es la principal ordenadora de nuestros actos: ella tiene una influencia reconocida de 17 por ciento.

Al mudarse a la nueva casita todos pierden metros cuadrados de área construida,⁸ aunque eso importa poco si se ha conseguido el sueño de la casa propia. Pero se ha ganado en número de baños, dormitorios, ambientes y, por supuesto, cerca de 30 por ciento ha ganado una cocina independiente que antes no tenía.

¿Acaso acaban los gastos una vez trasladados al nuevo techo? Nada más lejano de la realidad. La mayoría ha invertido en la mejora de los acabados montos que van desde los 3.700 dólares hasta los

4.300 dólares. En las casas más caritas se han hecho ampliaciones cuyos montos han oscilado entre los 3.600 dólares hasta los 8.700 dólares, casi casi lo mismo que la cuota inicial.

Un edificio de veinte pisos, de concreto armado, escaleritas infinitas, pasadizos llenos de puertas contraplacadas ubicadas detrás de rejas gruesas, ventanas cuadradas y todas igualitas, con balcón, sin balcón, con jardincitos reducidos a macetitas, con baños donde el jacuzzi no está permitido y cocinitas que le pelean el espacio a la lavandería... acoge ahora a las hijas y los hijos de quienes conquistaron cada uno de los centímetros cuadrados de esta gran Lima. No a todos, por supuesto. Muchos de sus hermanas y hermanos se quedarán esperando nuevas posibilidades.

Con la mudanza no solo se pierden metros cuadrados: dejamos los desayunos de domingo con toda la familia, el pancito caliente, la conversa. La nueva casita no dejará que ese tejido social ingrese en grupo a la pequeña salita. Así, la tía Paquita —viuda ella con nueve hijitos—, los abuelitos, la madrina de agüita de socorro, los de la fiesta patronal de aquel pueblo perdido en la historia, los amigos del barrio... todos ellos, que siempre nos acogen con cariñito y con quienes nos sentimos libres, verdaderamente libres, serán recibidos en cómodas cuotas, como el pago del crédito aprobado.

Nuestros recuerdos empezarán a tener como lugar de almacenamiento la memoria. La nueva casita no tiene mucho espacio para guardarlos a todos, y más si estos ocupan sitio. Solo tendremos lo necesario, estrictamente lo necesario. La practicidad empezará a ser nuestra nueva forma de vida.

Caminaremos en la nueva casita sin hacer mucha bulla porque nuestros vecinos de abajo se molestan, nuestras voces bajarán a un volumen mucho menor del acostumbrado, reconoceremos nuestros sonidos y los de nuestros vecinos de arriba, de abajo, del costado, del otro lado. Los sonidos, los nuestros, los suyos, los de todos, viajarán por los conductos sin permiso alguno, confundiendo.

Nuestras historias se mezclarán con las de los otros, sabremos más de ellos de lo que creíamos y ellos sabrán más de nosotros de lo que imaginábamos. Aunque, a veces, preferiremos no saber tanto. Sus llantos, nuestros llantos, nuestras risas, sus risas, compartirán lugares en sus casas, en nuestras casas. Sabremos de sus cumpleaños, de sus decesos, de las sacadas de pies del plato de ella, de las de él. Habremos perdido área construida, pero empezaremos a construir nuevas relaciones.

Ochenta nuevas familias, con dos hijos cada una, modifican no solo la arquitectura de la cuadra sino también la de nuestras relaciones. Todos saldremos temprano por la mañana, casi a la misma hora, en autos, caminando, en bicicleta... y donde no había rompemuelleres estos deberán ser instalados, así como nuevos paraderos, nuevas señalizaciones, nuevos semáforos. La panadería aumentará sus horarios de trabajo; el párroco, que había perdido fieles, empezará a llenar sus bolsitas de limosna los domingos muy temprano, en fiestas de guardar, en los bautizos, en los matrimonios, en las misas del mes.

El parquecito no se dará abasto: es poca el área verde y son muchas las parejitas que quieren ver las estrellas, y como siempre, eso no estaba considerado cuando la municipalidad autorizó la construcción. El colegio más cercano recibirá a alumnos a mitad de año y tendrá que contratar a nuevos profesores; los centros de salud deberán ponerse las pilas para atender casos menores y mayores. Las noches demandarán copitas de licor y lugares para mover un poquitín el cuerpo, ni muy lejos ni muy caro. Hasta la basura del distrito, que poco valor había tenido en los últimos años, empezará a ser apreciada.

Como siempre, las respuestas de nuestro Estado están de ida mientras nuestras necesidades en la ciudad están de regreso. «Las locas ilusiones me sacaron de mi pueblo y abandoné mi casa para ver la capital; [...] ahora que conozco la ciudad de mis dorados sueños y veo realizada la ambición que en mi querer forjé, es cuando el desengaño de esta vida me entristece...»,⁹ termina siendo la historia de muchos en esta gran ciudad. Probablemente ya no seguirán llegando y de seguro muchos engrosarán el quinto suyo. Cualquiera sea el caso, nuestras políticas públicas urbanas siguen dando tumbos, sin posibilidad de encontrar un Norte, mientras que las ciudadanas y los ciudadanos continúan implementando sus propias estrategias para hacerse de un sitiecito en esta ciudad.

Un amigo que vivió en Japón me comentaba que los jóvenes no quieren heredar propiedades debido a los gastos que ello les ocasiona. Estos jóvenes de cabellos verdes prefieren alquilar el techo que los cobija. Para nosotros la propiedad del techo se convierte en sustancial: es una forma de adueñarnos de nuestro espacio y de nuestro futuro. Así lo vieron nuestros padres y probablemente así lo transmitamos a nuestros hijos. Solo sé que este largo recorrido —iniciado por nuestros padres— por apropiarnos de esta Lima que se escabulle forma parte del sueño del Alacrán que ha retado al Halcón. ■

1 Antropóloga. Jefa del Programa Urbano de *desco*.

2 Véase *Análisis de la demanda en Lima*. Lima: Fondo Mivivienda – MVC, 2004.

- 3 Filtrada por intención y oportunidad de compra.
- 4 Entre 1999 y 2005 se entregaron en total 29.542 créditos. El importe desembolsado fue de 626'416.872,94 dólares. En el segundo semestre de 1999 se entregaron 143 créditos, y los siguientes años estos se incrementan significativamente: 405 en el año 2000; 1.409 en 2001; 3.588 en 2002; 6.832 en 2003; 7.960 en 2004, y 9.205 en 2005.
- 5 Véase *Perfil del cliente en Lima*. Lima: Fondo Mivivienda – Crédito Mivivienda, 2004.
- 6 Tipo de cambio: 3.35 soles.
- 7 Los varones tienen 40 años en promedio y las mujeres 37 años.
- 8 Los que se trasladan a viviendas que cuestan entre 8 a 18 mil dólares pierden 42 metros cuadrados, los que se trasladan a viviendas valorizadas entre 18 a 30 mil dólares pierden 23 metros cuadrados, y los que se trasladan a viviendas que cuestan entre 30 a 46 mil dólares pierden 48 metros cuadrados.
- 9 Letra del vals *El provinciano*.